

# EL DOLOR Y SU RELACIÓN CON EL GOCE

*María Dolores Mar Meza*

Vivimos en una época curiosa en lo que al dolor respecta, una en la que encontramos lo que podríamos llamar: la censura del dolor, su aprisionamiento entre las paredes de la enfermedad y la medicina, entre los adjetivos impuestos y sus consecuencias psíquicas y sociales. El dolor ha sido tomado por el discurso adaptativo como algo con tintes negativos, algo a excluir o erradicar: se calla al dolor, se lo medica, se lo critica y menosprecia, se lo aísla y encarcela, se lo asimila a signo de debilidad, incluso a enfermedad.

No obstante, el dolor es clave importante en nuestra existencia. Es necesario ya que, sin él, no seríamos capaces de atender algún estímulo de peligro potencial. Asimismo, nos insita a sentir emociones desagradables, como lo son la ira o el miedo, que nos facilitan las respuestas de lucha o huida.

La mente y el cuerpo trabajan juntos y no se pueden separar. La forma como la mente controla los pensamientos y las actitudes afecta la manera como el cuerpo controla el dolor. El dolor en sí, y el miedo al dolor, pueden llevar al sujeto a evitar tanto las actividades físicas como sociales. Con el tiempo, esto lleva a menos fuerza física y a relaciones sociales más débiles. También puede causar mayor falta de funcionamiento. El dolor puede causar depresión o empeorar la existente, siendo esta común en personas que padecen dolor crónico.

La palabra dolor, tal como se define ahora, es ambivalente, ya que hace alusión a dos cosas distintas. En primer lugar, se refiere a una molestia física localizada en alguna parte del cuerpo, ocasionada por la excitación de las fibras nerviosas sensitivas en mayor o menor intensidad; en segundo, también hace alusión al sentimiento de intensa pesadumbre y tristeza.

Cabe hacer hincapié en que nos encontramos en el orden de algo que se produce más allá de la voluntad, de ese dolor existencial que enmarca la vida de todo ser humano, que aparece en las distintas situaciones que lo atraviesan y que tiene relación no solo con lo exterior, sino con algo más íntimo, algo que le pertenece al sujeto mismo, aquello a lo que Freud<sup>1</sup> denominó el inconsciente.

El psicoanálisis nos habla de un cuerpo que no pesa, sino que duele, porque es un cuerpo mortificado por las palabras, que nada pueden decir acerca de lo que es la vida y la muerte. Apartados así de lo simbólico, suplementamos lo no dicho con descripciones imaginarias, cuya belleza no alcanza a describir, acabadamente, lo real de nuestra existencia.

Se abre una gran interrogante, nos podemos cuestionar si todo es dolor y pérdida, pero vemos que en el momento más difícil, más doloroso, resurge algo, ese algo que nos rescata del pesar, que aparece como un hilo invisible que se teje alrededor de la vida del sujeto mismo, ese algo es el erotismo.

El erotismo es exclusivamente humano, ya que bien se sabe el hombre es el único ser vivo que no dispone de una regulación fisiológica y automática de su sexualidad. Bataille<sup>2</sup> lo plantea como ese deseo que se manifiesta entre la impotencia de la palabra y el dolor del cuerpo para hacer resurgir la relación del sujeto con la vida.

Freud dijo que el dolor es la irrupción de grandes cantidades de energía y cuando se presentan no hay obstáculo que se interponga. Se puede decir que hay un imperativo de goce en el dolor. Por otro lado, es importante señalar que el sujeto está inscrito en una condición de pérdida de sí mismo que lo hace sufriente; dicha pérdida lo instala como ser viviente, sexuado y mortal. Pérdida que lo coloca también en una búsqueda constante, casi fallida, casi imposible, que está siempre alimentada de lo erótico. Mientras buscamos ese encuentro con lo imposible la pasión nos hace tropezar con el dolor, entonces, se observa un encuentro fallido

---

<sup>1</sup> Sigmund Freud (1920), "Más allá del principio del placer", en *Obras Completas*, Vol. 18, 2ª Ed. (Buenos Aires: Amorrortu, 1984), pp. 1-62.

<sup>2</sup> Georges Bataille (1957), *El erotismo*, (Barcelona: Tusquets, 2007), pp. 33-43.

desde donde solo queda la nostalgia. A ese dolor lo podemos encontrar en el discurso amoroso, de ahí la importancia de apalabrar lo no dicho, que el sujeto se haga cargo de sus actos y que logre reconocer su historia para liberarse de aquello que le aqueja.

La idea de esta investigación surge en cuanto a que se puede repensar el amor y el dolor como un punto clave en la base de la existencia del ser humano. Con esto haciendo referencia al dolor no como enfermedad orgánica, sino como el resultado del padecer sufriente que transcurre inconscientemente. Como si algo desconocido llegase de otro lado y se situara como dolor en alguna parte del cuerpo del sujeto.

Freud<sup>3</sup> propone que para entender la vivencia del dolor es necesario anticipar el modelo de funcionamiento, según el cual todos los dispositivos de naturaleza biológica tienen unas fronteras de acción eficaz fuera de las cuales fracasan, tal fracaso se puede exteriorizar en algunos fenómenos que rozan en lo patológico, es decir, el dolor se puede enlazar a estos. También nos dice que el sistema nervioso tiene la inclinación a huir del dolor obedeciendo a la tendencia primera dirigida contra la elevación de la tensión, ya que el dolor consiste en la irrupción de grandes cantidades de energía hacia la psique.

Esa es su primer postura del aparato psíquico que implicaba estar regulado por el principio de placer, el cual reformula en su texto *Más allá del principio del placer* y lo remarca en *El problema económico del masoquismo*<sup>4</sup>. El asunto con esto es que el principio de placer que era el guardián de la vida anímica, queda paralizado, narcotizado. El descubrimiento de la pulsión de muerte replantea el problema del placer y la cura en el análisis.

En cuanto a lo erótico se refiere a que para hablar del dolor, la sexualidad en tanto contenido, no sirve como explicación. Importa la relación de lo erótico con la sexualidad, es decir la determinación del sujeto en el goce, pues no hay

---

<sup>3</sup> Ver Freud, "Más allá del principio del placer".

<sup>4</sup> Sigmund Freud (1924), "El problema económico del masoquismo", en *Obras Completas*, Vol. 19, 2ª Ed. (Buenos Aires: Amorrortu, 1984), pp. 161-176.

sexualidad humana a excepción de la que subyace en el inconsciente. No existe otro inconsciente que el sexual, si hay un inconsciente es porque existe una sexualidad humana y por humana, erótica.

De todos los métodos enumerados por Freud para preservarse el sufrimiento, en los últimos años creció en proporciones preocupantes el uso de los “quitapenas”<sup>5</sup>: sustancias químicas que producen sensaciones placenteras o nos impiden percibir estímulos desagradables. Así, un número creciente de personas de cualquier edad, buscan apartarse del peso de la realidad. Sin embargo, todos estos medios tienen consecuencias, y en última instancia fracasan; si bien algunos parecen más recomendables que otros. Otros de tales métodos son: las drogas y sustancias embriagadoras, dejarse llevar por la seducción de lo prohibido, el refugio en las fantasías, la locura, el aislamiento social, los delirios colectivos y la fuga en la neurosis. Sin duda, se trata de opciones más peligrosas que el amor, el sexo, el trabajo (oficios manuales), el yoga, el disfrute de las obra de arte y la sublimación, cuyo paradigma es la satisfacción que el artista experimenta en la creación o el investigador en el descubrimiento de la verdad.

Lo propio del psicoanálisis es el trabajo con lo que falta. La esencia de su operación es ubicar lo real como causa de deseo. Si, por ejemplo, se desmiente una pérdida de algo o alguien significativo para el sujeto, no le será posible hacer el duelo, y por consiguiente no podrá sustituir y destinar esas investiduras a otro objeto de amor u otra actividad. También ocurre en los casos en los que alguien ha perdido cierta posición en el mundo que le daba sentido a su vida, y tiene que construir otra escena desde donde ubicarse.

Sabemos, desde Freud, que la satisfacción es la meta de la pulsión. Esa satisfacción no podría ser completa más que en el límite con la muerte. En su trayecto, la pulsión empuja hacia el imposible goce del Otro, atravesando tanto zonas de placer como de displacer. Por ello, la búsqueda de placer inherente a las pulsiones parciales excede siempre el placer obtenido y pide más. En esa

---

<sup>5</sup> Sigmund Freud (1930 [1929]), “El malestar en la cultura”, en *Obras Completas*, Vol. 21, 2ª Ed. (Buenos Aires: Amorrortu, 1984), p. 78.

apetencia de estímulos y excitación se desobedece el principio de placer. Lacan afirma que las pulsiones siempre fuerzan ese principio arrastrando al sujeto más allá.

Hoy en día se puede afirmar que el dolor puede ser consecuencia una serie de malestares de origen emocional. De hecho, existen estudios sobre las emociones que han constatado que tanto el dolor físico como el emocional son procesados en la misma región del cerebro, y que las causas más comunes de este último son: la exclusión social, la ruptura de una relación y la pérdida de un ser querido. Por otra parte, entre los síntomas más recurrentes encontramos: dolor en el pecho, ansiedad, vacío en la zona baja del esternón y pérdida de sentido hacia la vida y el quehacer diario.

El trabajo de duelo, como lo denominó Freud<sup>6</sup>, supone una elaboración intrapsíquica, y a pesar de ser doloroso, es también de suma importancia para el bienestar del sujeto. Se incluyen los afectos “normales” de dolor y de sufrimiento en el duelo y los “patológicos” en la melancolía.

El dolor de duelos normales provendría de la pérdida del objeto querido porque la persona querida hacía parte del propio sujeto. En la melancolía, se formaría una identificación del yo con el objeto erótico perdido y decepcionante. La sombra del objeto cae sobre el yo. Así, la pérdida del objeto se transforma en una pérdida del yo. Los auto-reproches y la tendencia auto-agresiva son inicialmente dirigidos hacia el objeto decepcionante. En la manía, el sujeto se libera totalmente del objeto perdido y triunfa sobre él.

Freud, en 1926<sup>7</sup>, compara el dolor anímico con el dolor físico. En el dolor físico nace una elevada carga narcisista del lugar doloroso físico al dolor psíquico, lo cual corresponde al paso desde la carga narcisista a la carga de objeto. También define el duelo como una reacción ante la pérdida de una persona querida, de una abstracción equivalente como la patria, la libertad, un ideal, etc.

---

<sup>6</sup> Sigmund Freud (1917 [1915]), “Duelo y melancolía”, en *Obras Completas*, Vol. 14, 2ª Ed. (Buenos Aires: Amorrortu, 1984), pp. 241-255.

<sup>7</sup> Sigmund Freud (1926 [1925]), “Inhibición, síntoma y angustia”, en *Obras Completas*, Vol. 20, 2ª Ed. (Buenos Aires: Amorrortu, 1984), pp. 71-164.

Es decir, no solo hace referencia al duelo como consecuencia de haber perdido algo tangible, sino que lo relaciona también con la pérdida de ideales o ideas que uno presupone.<sup>8</sup>

Desde una perspectiva más psicológica y fenomenológica se han descrito tres fases observables del proceso de duelo:

- En la primera, llamada fase de evitación, se incluiría el shock o el embotamiento con la negación del reconocimiento inicial de la pérdida, es el instante traumático en el que se pierde el objeto.

- En un segundo momento aparece la fase de confrontación, donde tienen lugar las emociones más intensas; se intenta recuperar aquello perdido, por eso la rabia y la culpa pueden ser desbordantes. A menudo, en la fantasía se da vueltas a todo lo vivido e incluso ocurre una satisfacción inconsciente: al recordar el dolor se genera un cierto goce. Las manifestaciones más comunes pueden ser los síntomas depresivos, la angustia, y hasta pueden tener lugar visiones o la sensación de sentir la presencia de la persona perdida. El fenómeno elemental de la alucinación se puede presentar como una manera de retener el objeto perdido, como una forma de apartarse de la pérdida que la realidad impone.

- La tercera fase es llamada de restablecimiento. En esta aparece un cierto desapego y el recuerdo surge con menos afecto. Es lo que en la cotidianidad suele decirse con la típica frase "el tiempo va borrando las heridas" o "el tiempo lo cura todo". No obstante, desde el psicoanálisis, se sabe sobradamente que el tiempo por sí solo no cura.<sup>9</sup>

Desde un punto de vista psicoanalítico, se entiende al duelo como algo que va más allá de un dolor de orden psíquico, un pesar o una aflicción. Supone un

---

<sup>8</sup> Ver Freud, "Duelo y melancolía".

<sup>9</sup> Ver Freud, "Duelo y melancolía".

desafío hacia la propia estructura psíquica del sujeto, una tensión entre el registro real y el simbólico, tal como lo propone J. Lacan. Con esto se entiende que al experimentarse la falta, esta misma devendrá y alcanzará lo real del cuerpo imaginario del doliente, que a su vez movilizará todo un orden simbólico que puede dar lugar a una cadena de significantes, a medida en que el sujeto afronta la pérdida.

Ya en 1920, Freud nos dice que la vida es una fuente de dolor, tensión, caos y desorden de la cual el sujeto inconscientemente buscará librarse. Cabe mencionar que es así como el orden de la pulsión de muerte actúa con el fin de aniquilar todo aquello que aumenta la tensión física tratando de reducirla a lo más mínimo.

Uno de los motivos que llevaron a Freud a establecer la existencia de una pulsión de muerte fue considerar los fenómenos de repetición que se observa en los pacientes, los cuales no se pueden reducir a la búsqueda del placer de la libido o al intento de controlar las experiencias no placenteras. Lo que intenta designar, entonces, como pulsión de muerte es su elemento fundamental, que es la tendencia a retornar al estado anterior de reposo absoluto de lo inorgánico.

Freud afirma que el principio del placer representa las exigencias de la libido y parece estar al servicio de las pulsiones de muerte; y lo distingue del principio de Nirvana que es el que permite reducir las tensiones a cero y que estaría enteramente al servicio de las pulsiones de muerte.

Por otra parte Lacan reformula la cuestión de una manera interesante, diferencia entre placer y goce. Si el placer sería lo que experimentamos cuando sentimos algo como agradable, entonces lo contrario es lo desagradable, y en el límite, el dolor. El goce es diferente: es intenso y está vinculado a la excitación, a la tensión, incluso al dolor. Existe en función de la pulsión como un instinto desligado de su ciclo biológico, de su naturalidad. Plantea que la relación entre placer y displacer es compleja. Lo que produce placer en el consciente puede provocar displacer en el inconsciente. Y al revés. Esta es una cuestión clave.

Para Lacan el goce femenino tiene este elemento en común con el goce místico, etimológico y prácticamente cerrado al reconocimiento del sujeto: se experimenta sin saberlo. El enigma humano del placer es el de su singularidad, no hay caminos comunes para resolver la manera del porqué elegimos el displacer en lugar del placer, porqué repetimos lo que nos produce malestar o dolor.

Bataille<sup>10</sup> plantea que el placer humano sería aberrante si no nos llevará a una superación de nuestros límites a través de la transgresión. Tal vez, como menciona Freud, “todos tenemos un lado perverso”. El placer puede parecer algo simple, pero el goce no lo es, ya que se encuentra ligado a la fantasía y al deseo, exclusivamente humanos.

El campo del erotismo es el campo del goce más allá del goce físico del sexo. Se trata del gusto por la transgresión. La transgresión no pertenece a lo racional, pero tampoco la prohibición nace de la razón, sino del sentimiento de aversión hacia aquello que nos aterroriza: fundamentalmente la muerte y correlativamente la violencia. Pretender acabar con la muerte y con la violencia no es, en absoluto, algo racional.

Dicho goce viene dado a base de repetir la exposición a aquello que produce la angustia. En “Más allá del principio del placer”, Freud muestra como muchos de los juegos infantiles consisten en repetir, simbólicamente, aquello que tememos, sirviendo como preparación.

El ser humano no se define por la angustia ante aquello que le desborda y que lo desposee, sino por un deseo, o, mejor dicho, un goce en el que la supera:

... la perturbación erótica inmediata nos da un sentimiento que lo supera todo; es un sentimiento tal que las sombrías perspectivas vinculadas a la situación del ser discontinuo caen en el olvido.<sup>11</sup>

---

<sup>10</sup> Ver Bataille, *El Erotismo*.

<sup>11</sup> Ver Bataille, *El Erotismo*, p. 41.



Lacan decía que la angustia es un afecto que no engaña, lo que le permite funcionar como brújula. Se puede decir que en donde aparece la angustia, existe un problema. Podríamos tomar a la angustia como indicador de que estamos viviendo una vida “insatisfecha”, que va en contra de nuestro potencial, de nuestros deseos. Sin embargo, la angustia no es el problema, sino una señal, un indicador de que algo no anda bien en nuestra vida, en nuestro modo de vivirla. Combatirla, taparla, es tan insensato como procurar acallar una alarma de incendio en vez de ocuparnos de buscar qué es lo que se está prendiendo fuego.<sup>12</sup> Si ubicamos el goce como instancia negativa, ese lugar se inscribe en el Otro, siendo el cuerpo propio (otro) aquello que le da presencia. Es decir, el goce del Otro se encarna en el cuerpo. O lo que equivale a afirmar, el sujeto se entera de “su propio goce bajo la forma del goce del Otro”. Esta forma invertida, donde el goce sentido en el cuerpo como propio es el goce del Otro, muestra la insondable encarnación o apropiación que el Otro ha hecho en el cuerpo.

Por otro lado, que el goce devenga en causa real que determina al ser hablante, está implicando varias cosas. En primer lugar hace notar que con el goce no se hace vínculo social, pues el goce es del cuerpo solo y no se puede compartir el cuerpo que se tiene, a no ser en posición de objeto medio de goce para otro cuerpo, como ocurre en el masoquismo. Y es en esta posición del cuerpo como objeto medio de goce, que el deseo se pone en acto para provocar el goce en el otro.

Ahora bien, si el deseo es eminentemente simbólico y su función es hacer deslizar el goce a través de las representaciones del sujeto en el mundo, es justo decir que es el goce del cuerpo lo que impide hacer uno con el objeto deseado. En efecto, el significante ‘ratas’, del caso clínico de Freud, es el signo del goce que se ha escapado de la cadena de representaciones históricas del inconsciente del sujeto, y se ha instalado como la palabra enigmática entorno a la cual gira su vida.

---

<sup>12</sup> Jaques Lacan, (1972/73), “Aún”, *El Seminario, Libro 20* (Buenos Aires: Paidós, 2007), p. 10.

Por último, esta palabra encarnada en el cuerpo identifica el goce del Otro y constituye el rasgo sobre el cual se anuda la existencia de un sujeto en el mundo. Así, si la existencia es eminentemente apariencia del ser, se debe a que el signo del goce, sobre el cual se anuda la satisfacción pulsional, es el propio cuerpo como sustancia gozante del sujeto.

## **LA INFIDELIDAD DUELE EN EL CUERPO**

En el caso de la infidelidad Freud hace relación en sus escritos con lo que él denomina la realidad psíquica, ya que lo más relevante es la manera en la que emerge la fantasía cuando un hombre o una mujer encuentran en su camino a otro que movilice su deseo sexual, o en dado caso sus sentimientos.

La infidelidad implica un triángulo amoroso donde, al igual que en el complejo de Edipo, existe una pareja establecida que es atacada en su estabilidad por un tercero, quien busca quedarse con el amor de uno de los dos desplazando al otro. La diferencia es que en este caso no es un proceso normal o esperado, las tres partes en juego son adultas, y al menos dos de ellos están plenamente conscientes de sus acciones. Entonces, la amenaza a la estabilidad de la pareja es real, y no tantas veces existe un final feliz. La analogía de ambas triangulaciones no es casual, muchas veces complejos de Edipo no resueltos a satisfacción ocasionan que el sujeto, ya en su vida adulta no pueda evitar seguir triangulando permanentemente, o al menos marcando una tendencia a ello.

El mal emocional de una infidelidad, o un engaño, tiene efectos físicos y psicológicos que afectan principalmente a las mujeres, ya que éstas tienen una predisposición mayor a sufrir trastornos del ánimo, como la depresión. Vemos que culturalmente a la mujer se le permite más fácilmente expresar sus dolores que a los hombres. El problema se agrava porque el sufrimiento puede alterar el equilibrio emocional, incluso puede causar daño en los centros nerviosos. Existe

una unión funcional en los seres humanos entre la mente y el cuerpo, de tal manera que si una se afecta la otra también.

El dolor que experimentan las mujeres tras una infidelidad no solo se da por la sensación de haber sido reemplazada, sino también por la automática pérdida de la capacidad de confiar, de proyectarse hacia el futuro con la persona amada.

Vacío, desesperación, rabia, frustración, dolor, angustia, son la mezcla de sentimientos encontrados que afloran cuando se descubre la infidelidad de la pareja. La intensidad del dolor suele estar relacionada con el tiempo de convivencia, y con la duración de la traición. No significa que duele menos a quien recién comienza a convivir y descubre una relación paralela, no; pero quien tiene años al lado de una persona que fue infiel, percibe que su vida, traducida en ese tiempo, se ha vuelto añicos.

### **LA PÉRDIDA MATERNA, DESINVESTIDURA DEL OBJETO AMADO**

En sus escritos, Freud<sup>13</sup> nos habla de un proceso que engloba el duelo por el cual atraviesa un sujeto frente a la pérdida de un objeto amado.

El trabajo de duelo implica desinvertir un sin fin de representaciones ligadas al objeto. Por ende, es un proceso que requiere su tiempo ya que no es solo el objeto, sino una multitud de representaciones vinculadas a él; de allí que tomar en tratamiento a alguien doliente es realmente dejarlo hablar. Cada verbalización es un combate interno que libra el sujeto. Como señala Freud, este vuelve a vivir la experiencia acontecida con el objeto. Es un combate entre el deseo de que vuelva a ocurrir y el deseo de liberarse de eso. El sujeto necesita volver a recordar, pensar, representar, pero también sentir, y esto es el trabajo de duelo, en donde se entremezclan el dolor y la angustia relacionada a la pérdida amorosa.

---

<sup>13</sup> Ver Freud, "Duelo y melancolía".

## **LA ADICCIÓN COMO SUSTITUTO DEL OBJETO**

La hipótesis de la automedicación se confirma constantemente cuando se escuchan los relatos que hacen los pacientes de cómo responden a los estados afectivos intolerables mediante el uso de drogas. Las personas adictas tienen una vulnerabilidad narcisista a sentirse abrumadas por experiencias de impotencia / indefensión. Siendo el papel fundamental de cualquiera de las dos la creación del trauma psíquico.<sup>14</sup>

El deseo vehemente y sobre todo repetitivo de intoxicación compulsiva constituye para Freud la sustitución del acto masturbatorio en la medida en que es un impulso al que aun cuando se quiere reprimir se le impone al sujeto de una manera compulsiva. Así, Freud encuentra un vínculo entre la sexualidad y el consumo imperativo de drogas. Cualquier estado de modorra producido por las drogas es similar al estado que produce la tetada de la madre a su niño de pecho.

Esta interpretación da cuenta del porqué de la realización de dicho acto compulsivo por ingerir medicamentos que apacigüen los dolores, por una parte el deseo de taponear el síntoma y por otra rellenar la falta materna.

En psicoanálisis se escucha el conflicto psíquico, las dificultades internas, la historia y la simbolización del sujeto. La “conciencia de enfermedad” no radica en que el sujeto se reconozca como adicto a alguna droga o fármaco, sino en reconocer y articular en el lenguaje las dificultades internas que lo han llevado, entre otras cosas de su vida, a consumirlas de una manera compulsiva.

## **LA ASFIXIA ANTE LA VIDA Y SUS REPRESENTACIONES**

La medicina y en especial la psiquiatría han establecido la existencia de “ataques de pánico” y “trastornos de pánico” según se trate de un fenómeno que ocurra de un modo puntual o persistente en el tiempo. Esta nomenclatura surge en los años

---

<sup>14</sup> Ver Freud, “Inhibición, síntoma y angustia”, pp. 157-161.

80's. Antes, al igual que en las consideraciones freudianas de 1894, esto quedaba dentro del marco general de la angustia, bajo el nombre de "fenómenos de ansiedad", "trastornos de ansiedad" o "trastornos de angustia".

Al no contar con el recurso de la angustia, frente a la subida de tensión, el nudo se tensa y su agujero central se estrecha y desfallece por estrangulamiento y entonces se desencadena el ataque de pánico que no responde a una situación de peligro real exterior, sino a una situación previa creada por una invisible irrupción de goce masivo que el aparato psíquico no pudo tramitar discursivamente. El pánico es la respuesta de lo Real del cuerpo, allí donde quedó taponado el agujero real de la cuerda imaginaria y no advino la angustia como respuesta. El goce del Otro invade el aparato de un modo masivo sin la presencia del marco fálico que le haga un borde con lo cual se pierde también la noción más elemental de la realidad como escena habitable en el campo del Otro.

## **CONCLUSIONES**

A lo largo de sus diferentes teorizaciones Freud coincide en concebir el dolor como el resultado de la afluencia al aparato psíquico de grandes cantidades de estímulo que, sobrepasando la protección anti-estímulo, no pueden ser tramitadas por las vías habituales. Esta particularidad es propia de las situaciones traumáticas. La depresión y los intentos de suicidio dan cuenta de un acontecimiento traumático que no pudo incluirse en la serie psíquica del sujeto y sufrir el destino común a las representaciones reprimidas, retornando por la vía del síntoma u otras formaciones del inconsciente.

Cabe destacar que la pulsión permite una recuperación parcial de goce a partir del bordeamiento sobre aquello que no puede inscribirse, por la repetición (siempre fallida) de las marcas que el significante inscribe en el cuerpo. El significante unario recorta un agujero y esto configura un goce del cifrado que hace al lenguaje receptáculo de goce en tanto para el sujeto no queda otra opción

para su satisfacción pulsional que articularla a la demanda del Otro. Pero esta articulación provoca que la satisfacción no sea completa. El goce siempre se escapa y solo podemos obtenerlo como no todo a nivel del goce fálico. En esa grieta de goces surge el sujeto, producto de un agujero originario que afecta al significante. Lacan<sup>15</sup> dice que el goce “muestra que está en falta...hace falta que algo cojee” para que el lenguaje pueda ser aparato del goce.

La angustia es la inminencia de perder la unidad del yo y volver a lo que se presiente e imagina como el estallido del cuerpo en sus partes. Se aprecia que la imagen que proporciona el espejo, allí donde el sujeto se reconoce y donde obtiene una identidad, dista mucho de ser el cuerpo en sí. La imagen que tenemos de nuestro cuerpo no es el soma. Lo que es más cercano e íntimo, como es el cuerpo propio, puede en el siguiente instante, tornarse extraño y raro, hostil incluso. Son esas experiencias de lo ominoso, lo siniestro que Freud despejó con tanta claridad.

El dramatismo de estos acontecimientos se hace más patente aún en fenómenos, que hoy en día proliferan con el nombre de patologías de la época, como la depresión, las adicciones, trastornos alimenticios, y todo acto que atente contra el cuerpo propio del ser hablante. En esos casos, los sujetos, contra toda evidencia o juicio objetivo, se ven ante la necesidad de autodestruirse

Hay algo que falta en la imagen del cuerpo y que los intentos por tapar eso son siempre más o menos fallidos. La relación con el cuerpo no es la misma en el hombre y en la mujer. Aunque inicialmente no habría diferencia, la relación al falo, como elemento del lenguaje que irrumpe en la existencia como un ordenador de todo el campo de la sexualidad, provoca una disimetría entre los goces masculino y femenino; misma que lleva correlativamente a una disimetría en el amor, ¡y a todo el infinito caudal de sufrimiento y de insatisfacción que se asocia a ellas!

---

<sup>15</sup> Ver Lacan, “Aún”, p. 70.